



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Desarrollo, democracia e integración cultural en América Latina

Autor: Barros Horcasitas, José Luis

Forma sugerida de citar: Barros, J. L. (1991). Desarrollo, democracia e integración cultural en América Latina. *Cuadernos Americanos*, 5(29), 67-76.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DESARROLLO, DEMOCRACIA E INTEGRACIÓN CULTURAL EN AMÉRICA LATINA

Por *José Luis* BARROS HORCASITAS
DIRECTOR GENERAL, FLACSO

I

ALFONSO REYES DEDICA algunas de sus más bellas páginas a relatar cómo América habitó en la imaginación de los hombres mucho tiempo antes de ser descubierta. Los egipcios dispusieron una morada para sus muertos situada en un misterioso lugar al Occidente, donde reinaba Anubis. Griegos y latinos persistieron en esa suerte de adivinación de lo que existía en este extremo del mundo. De ella participa, varios siglos después, Cristóbal Colón, con quien el Occidente pasa del presentimiento a la realidad. De manera semejante, podemos aseverar que Latinoamérica, el inmenso territorio político y cultural en el que creemos encontrarnos a diario, ha habitado en nuestro pensamiento y en nuestros deseos hace mucho tiempo sin ser todavía una realidad plenamente descubierta y vivida. No sería exagerado sostener, empero, que los latinoamericanos hemos sido capaces de unificarnos en torno a algún género literario así como, ocasionalmente, alrededor de una elaborada diplomacia. Con todo, si tomamos en cuenta el tiempo transcurrido y los esfuerzos invertidos, los resultados más generales son harto modestos.

Pensando en el sueño bolivariano, hoy, próximos a su bicentenario, continuamos ante un anhelo reiterado y ya añejo al que seguimos añadiendo atributos cada vez más perfectos. En 1969, tras las reuniones panamericanas de los años cuarenta y el Tratado de Montevideo, tuvimos en el Acuerdo de Cartagena un instrumento que, por lo menos para la porción de países que Simón Bolívar había tratado de fundir, se ofrecía como panacea comercial. La caída

del intercambio entre las naciones andinas en años recientes ha sido dramática. Los lazos comerciales se aflojaron hasta convertirse en incumplimientos mutuos de los compromisos de liberalización así como respecto de aranceles externos comunes, para no mencionar el fracaso de cierta programación de la actividad industrial. Eso no lo resolvió el Protocolo Modificatorio de 1987, pero, con todo, tenemos en el Acuerdo de Cartagena un modelo más acabado de lo que puede ser la integración latinoamericana.

Sucede algo semejante en el campo de la cultura que, curiosa o paradójicamente, se ha esgrimido como argumento para la unificación comercial e industrial de nuestros países. En el concepto de desarrollo que hemos compartido y que ha quedado inscrito en los documentos de los organismos internacionales a los que nos acogemos, fue ganando un lugar preeminente la vertiente del desarrollo cultural. El crecimiento de la industria posterior a la Segunda Guerra mundial fue presidido por una idea del desarrollo por el desarrollo mismo. La medición de los avances en ingreso, vivienda, salud, educación, contrastada con los índices correspondientes a los países industrializados, marcaba nuestro desempeño. Las propias Naciones Unidas ofrecen parámetros económicos y sociales con los cuales calificar nuestro progreso y nuestras debilidades.

Tras evidenciar su insuficiencia en los años setenta, aquel concepto del desarrollo debió enriquecerse al descubrir una dimensión social específica que en los propios países avanzados no se había advertido. Se comenzó a hablar de "calidad de vida", con lo que se superó la idea del desarrollo solamente medible en cantidades de bienes y servicios disponibles para la satisfacción de determinadas necesidades básicas. Desde esos días, el progreso cultural es perceptible, motivando, de paso, un creciente aprecio y respeto por las características y tradiciones culturales de cada país. Desde 1966 la UNESCO, en su "Declaración de los Principios de la Cooperación Cultural Internacional", hace de la cooperación cultural regional una preocupación compartida y central. La creación unos años antes de la FLACSO estuvo enmarcada por tal inquietud y debe su origen al progreso conceptual sobre desarrollo cultural que animó a la UNESCO. En los años setenta, la cooperación cultural se afirma en el reconocimiento internacional a la responsabilidad de los Estados de desarrollar la vida cultural; esto es, de incorporar en sus planes políticas específicas para la cultura, de multiplicar las instituciones y los recursos financieros destinados al desenvolvimiento cultural. A este respecto, resulta memorable la Conferencia Interguberna-

mental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe, celebrada en Bogotá en 1978, convocada por la UNESCO, y que culminó con la "Declaración de Bogotá". En ese documento se apunta que "La cultura y su desarrollo están estrechamente ligados a la comunicación, a la educación, a la ciencia y a la tecnología y, en consecuencia, las políticas relativas en cada uno de estos campos deben ser concertadas en el cuadro de un desarrollo integral". Y más adelante afirma que "existe en toda la región una voluntad de integración que, respetando las particularidades de cada pueblo, compromete a América Latina y el Caribe en un destino común". Ya en 1974 la propia UNESCO había creado un Fondo Internacional para la Promoción de la Cultura que ha sido para la América Latina un órgano valioso para la cooperación e integración culturales.

Otro ejemplo de relieve en la integración es el Convenio Andrés Bello, signado por los países del Pacto Andino en enero de 1970, pero abierto a la adhesión del resto de los países latinoamericanos y caribeños. Hoy, además de Venezuela, lo han suscrito Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Panamá y España. Como se afirma en sus documentos, en él está inscrita la meta de "acelerar el desarrollo integral mediante esfuerzos mancomunados en la educación, la ciencia y la cultura, con el propósito de que los beneficios derivados de esta integración cultural aseguren el desenvolvimiento armónico de la región y la participación consiente del pueblo como actor y beneficiario de dicho progreso".

Las instituciones e instrumentos mencionados, a pesar de sus limitaciones y no obstante la imposibilidad de que escapen a las contingencias económicas de nuestras naciones, convierten en realidad —una realidad porfiada— nuestra necesidad y deseo de integración cultural. Pero ¿cuáles son las perspectivas de este patrimonio latinoamericano?

II

No hemos digerido aún la década de los años ochenta, que pasa a la historia como una amarga etapa de estancamiento y que algunos, no sin cierto menosprecio ideológico por los innegables avances políticos (pensamos en la retirada de gobiernos militares y en las reconquistas para la democracia), prefieren dar como pérdida del todo. A esta visión curiosamente economicista no le falta razón. A partir de 1982 nos convertimos en exportadores netos de

capital. Cada año, el conjunto de nuestros países tributa a sus acreedores externos el 3% de su producto regional y el 20% del valor de sus exportaciones. Con ello nos privamos de inversiones e importaciones necesarias para mantener en actividad, acrecentar y modernizar nuestra planta productiva; no logramos sacudir el déficit de nuestras finanzas públicas, y no hemos atemperado los daños de una inflación galopante. La inflación se levantó en estos últimos años como rasgo definitorio de la economía latinoamericana. En algunas naciones fue común medirla en porcentajes —vaya la contradicción— de cuatro dígitos. Sólo Costa Rica, Bolivia y México han llevado a niveles manejables sus índices inflacionarios. Por otra parte, tenemos ocho años de inversiones productivas que no superan el 16% del producto interno bruto, cuando la norma había sido más del 22%. La industria latinoamericana, vista en su totalidad, es una industria con instalaciones físicas deterioradas, tecnologías obsoletas y competitividad sumamente pobre en términos internacionales. Por último, la pobreza pinta el cuadro más dramático de esta caída de los años ochenta. En casi todos los países el desempleo y el subempleo han aumentado, y la calidad de las viviendas, de la atención médica y educativa ha empeorado. En el Perú, la reaparición y propagación regional del cólera confiere un matiz regresivo muy preocupante acerca de las condiciones sociales con que nos aproximamos al fin del siglo.

De todo el decenio pasado, tan oscuro en materia económica, obtuvimos —y tal vez por encima de todo— un saldo positivo en términos políticos y en la concepción del desarrollo. No sólo se restableció la democracia donde viejas instituciones fueron remozadas y ensanchadas, sino también donde están surgiendo nuevas. Por rara paradoja, los años ochenta brindan el espectáculo de gobiernos libremente elegidos y de alternancia en el poder, o de un ánimo de modernidad política que parece trascender la lacra de dictaduras, golpes militares y violaciones a los derechos políticos. La democracia no es un producto casual. Acaso, en lugar de aquellos viejos determinismos económicos —que quién sabe cómo explicarían la evolución democrática de América Latina— debamos comenzar a reflexionar acerca de las posibilidades que ofrecería una vinculación entre democracia política y libertad comercial. La democracia tiene raíces en la evolución de nuestras sociedades, en su tránsito al urbanismo, en la formación de capas sociales nuevas y en su demanda de participación. Nuestras leyes no hacen más que confirmar una realidad que palpita en nuestras ciudades y se ex-

tiende a los campos. El ciudadano madura, no sin ambigüedad ni indecisiones, y hace sentir su presencia. Y las instituciones políticas también se desenvuelven —nunca linealmente— consolidando el marco para la democracia.

Los años ochenta dejaron también una nueva noción del crecimiento económico. Ha perdido vigencia y credibilidad aquella vieja concepción del desarrollo entendido como una permanente defensa de logros, si bien importantes, siempre relativos, mal sustentados y con frecuencia efímeros, sólo conservados en la medida en que los protegíamos contra los embates externos. Nos vimos forzados a convencernos de la limitación de aquellas teorías por el fracaso económico y el vuelco de la economía mundial. La globalización y la regionalización son los lados de una medalla que estamos aprendiendo a conocer y de los cuales podemos valernos para nuestros propios fines. La globalización se transforma, por ejemplo, en comunicaciones instantáneas que hicieron porosas inclusive las fronteras resguardadas por mano militar. Razas y culturas diversas entablan un diálogo que no depende ya de la voluntad de los gobiernos, sino de la rapidez de los sonidos y las imágenes. Surge, imponente, la crítica por comparación y, aunque el riesgo de la uniformidad ideológica está allí, en cierto modo es secundario gracias a un más decidido y desenvuelto concurso social. Las comunicaciones —vale recordarlo— desempeñaron un papel de primera importancia en la *debacle* del socialismo real en Europa Central, en el conocimiento de la profunda crisis de la Unión Soviética y en la reunificación de Alemania. Recuérdese el tono paradigmático con que muchos intelectuales y estudiosos latinoamericanos se referían a la experiencia socialista, más cautivados por la hegemonía de partidos políticos afines a sus credos que por hechos objetivos. La regionalización, por su parte, antes de adquirir una forma rígida, puede servir a nuestros propósitos de independencia nacional, siempre y cuando ésta conlleve cierta fortaleza económica.

Democratización y desarrollo de cara a la globalización y la regionalización podrían ser dos nuevos argumentos de la integración cultural de nuestros países. Esta vez, ese persistente deseo no se impone desde arriba o desde el centro. Parte de la periferia y atraviesa todos los espacios sociales. En ambos planos podemos contar con elementos positivos de integración cultural; una integración cultural fundada en economías nacionales y regionales más consistentes.

HABRÍA que añadir algo sobre el futuro de nuestra democracia y las posibilidades de desarrollo.

Pocas cosas tan frágiles como la democracia. Está sujeta a continuas pruebas de la mayor dureza. Sin duda, en todos los países hay progresos democráticos. No hace más de un año, Brasil vivió sus primeras elecciones presidenciales libres desde 1960; en Chile sucedió otro tanto desde 1970 y en Argentina desde hace varias décadas; en Nicaragua los sandinistas, con admirable entereza histórica, abandonaron el poder tras ser derrotados en elecciones limpias. Los avejentados gobiernos dictatoriales de Paraguay y Haití dejaron su sitio a formas aún híbridas de democracia. Durante los últimos quince años, y exceptuando el peculiar caso panameño, ningún gobierno latinoamericano ha sido derrocado por la fuerza. Podríamos comenzar a desterrar el prejuicio de un carácter autoritario y centralista inherente a nuestra raza, tan difundido en otras latitudes.

No obstante, nuestra democracia, todavía incipiente, es asediada por causas diversas. En Colombia, Perú, Guatemala y El Salvador, la violencia insurgente permite que los militares intervengan en la vida civil y hace volátil todo esfuerzo por encontrar soluciones a los antiguos problemas. Existe, en contra de ello, la esperanza de conversaciones de paz y el convencimiento de la imposibilidad de una solución militar plenamente satisfactoria para ambas partes. Las fuerzas militares deben responder a la autoridad constitucional representada por los gobiernos civiles, y constreñir su participación al marco legal. Las fuerzas insurgentes deberían meditar sobre las perspectivas y secuelas sociales y económicas —para no hablar de las geopolíticas que suelen ser contundentes— que dejan la guerra y el terrorismo.

Nuestra democracia también es vulnerable en la medida en que sus instituciones son precarias y poco confiables, y sus normas poco entendidas y aceptadas. Los sistemas de partidos arraigan con gran lentitud en la sociedad, y en la medida en que ello no acabe de sedimentarse, la excesiva influencia de individuos y liderazgos —esto es, el verticalismo—, y el debate personalizado sin ofrecer opciones razonadas y proyectos alternativos, alejan a los votantes, disuaden la participación y acrecientan el escepticismo y el cinismo políticos. Los partidos son aún organizaciones escasamente representativas y, por lo tanto, gestoras poco eficaces de los intereses sociales. Pero, sobre todo, la sociedad civil más ampliamente

considerada, el conglomerado de sindicatos, agrupaciones por ramo de actividad, asociaciones profesionales, etcétera, carecen de solidez casi en todas partes. La prensa no es completamente libre y no abarca a todos los grupos sociales. Los parlamentos suelen ser todavía débiles, manipulables por los poderes ejecutivos o prepotentes hasta la inmovilidad. Un equilibrio razonable entre autonomía y cooperación falta a los congresos, y ello es aplicable también a los poderes judiciales. En suma, no ha cambiado lo suficiente la relación de la sociedad con el dominio del poder y ello produce la desconfianza y el desapego. La democracia no puede exportarse o importarse, es cierto. Cada nación tiene una dinámica política propia, una cierta cadencia de cambio que no puede ser violentada, aunque sí favorecida.

Estos peligros, brevemente enunciados, son menores ante otro mucho mayor que estriba en la incapacidad de los regímenes democráticos para sortear la crisis económica. Nada erosiona con mayor rapidez la autoridad de los gobiernos que la inflación galopante, el crecimiento del desempleo, el ensanchamiento de la pobreza. Las medidas de choque para la recuperación económica, además, han hecho vacilar a no pocos gobiernos. La premura en las aperturas económicas o el nulo reforzamiento simultáneo de variables macroeconómicas y estímulo a la inversión productiva y la industria exportadora, se traducen en experiencias lamentables y en el agravamiento de problemas.

A pesar de ello, existe el convencimiento de que es imposible retornar al esquema de una economía cerrada y un Estado omní-comprensivo, y éste puede ser un argumento del mayor peso para la integración cultural latinoamericana. Quizás la integración cultural tendría mayores perspectivas si corriese paralela a formas de integración económica o, incluso, dependiese un poco de ella. Partamos de que, por razones de la propia evolución tecnológica y la organización mundial del trabajo, las empresas no pueden ser enclaustradas, y requieren tejer redes cada vez más amplias y apretadas en todas direcciones. Éste es un proceso inevitable que no debe mirarse como un peligro, sino más bien como una posibilidad de reforzar nuestras economías domésticas, una nueva base de la soberanía. La globalización de la economía puede ser una oportunidad nacional siempre que seamos capaces de aprovechar en favor propio el potencial productivo y tecnológico de la industria.

La regionalización, por lo menos en las etapas iniciales por las que transcurre, también es una oportunidad de afianzamiento na-

cional, y en este sentido nos proporciona una ocasión importante para la integración latinoamericana. El fin de la guerra fría, o por lo menos su congelamiento mientras que la Unión Soviética y los países del Este europeo se transforman en economías de mercado, parece haber dejado libre el campo latinoamericano a los Estados Unidos. Esto no quiere decir que este país se convierta en motor de desarrollo regional para América Latina, puesto que se trata de una economía afectada por una deuda pública de enormes proporciones y una planta industrial que pierde terreno, día a día, en la competencia con otras, incluso dentro de su propio territorio. Pero, contra lo sucedido en los años ochenta, Estados Unidos mira otra vez a nuestras naciones con el interés de conservar su tradicional zona de influencia y dar salida a los bienes y servicios que produce, sin que ello signifique para ese país, por lo pronto, una reconversión tecnológica que lo haga digno par de Alemania o Japón.

Empero, su mirada es distinta porque, para recuperarlos, esta vez necesita levantar a los países latinoamericanos de su postración, para hacerlos más viables económicamente y seguros políticamente. ¿Cómo convertirlos en socios comerciales si no se ensanchan los mercados internos con alzas salariales? y ¿cómo elevar las remuneraciones al trabajo cuando no hay empleo y cuando se quiere conservar finanzas públicas equilibradas? En la respuesta a estas preguntas habría una razón para hacer coincidir nuestros esfuerzos internos de desarrollo con algunas de las condiciones externas. Si esta vez el modelo económico hacia el que parecen apuntar los tiempos tiene entre sus premisas la apertura comercial, ¿qué mayor estímulo para que nuestras economías, y con ello nuestras culturas, se trencen en nuevos acuerdos más realistas porque inciden en la actividad más general de toda la sociedad?

Pero, además, la recomposición regional de América permite cierto juego que pueden aprovechar —y que de hecho están aprovechando— algunos grupos de países para integrarse entre sí. Chile persigue un enlace con los países que forman la Cuenca del Pacífico; Brasil tiene entre sus postores en materia de inversión a Japón y Francia; Argentina puede seguir surtiendo a algunos países europeos; México, no obstante las negociaciones con Estados Unidos y Canadá, puede guardarse la carta de la Cuenca del Pacífico, y tal vez otras cartas. Allí están los acuerdos ya firmados con los países de América Central, los avances para un TLC con Chile y el esfuerzo de concertación con Colombia y Venezuela. En todos estos casos, es necesario el refuerzo de la integración latinoamericana.

na, porque ésta es una arma de negociación que puede fortalecerse. La integración subregional de las economías está probando ser eficaz para desactivar o digerir rencillas seculares. Véase lo que está ocurriendo entre Brasil, Argentina y Chile.

En suma, el esfuerzo de la integración latinoamericana —ya en su dimensión económica, ya en la cultural— tiene hoy a su disposición puntales más firmes para su logro. Por un lado, la democracia, inconcebible sin el flujo de información, sin el contacto entre culturas, sin la tolerancia y la crítica, ofrece la posibilidad de que la integración cultural tenga una base social más amplia que la brindada por las élites que la concibieron. Por otro lado, el desarrollo, que mira sin temores hacia el exterior, puede propiciar más fácilmente la integración que el modelo cerrado y sobreprotegido. En estas posibilidades los viejos intentos integracionistas en el ámbito cultural pueden fructificar con mayor facilidad.

¿Por qué no impulsar, paralelamente a los proyectos, programas y acuerdos de integración económica, esquemas similares de integración cultural? Algo se ha adelantado, por ejemplo, en México, donde se desarrolla un amplio programa de intercambio y cooperación con otros países del área. Estos esfuerzos, que están animados por la Cancillería y que se desprenden de los acuerdos bilaterales, permanecen muy concentrados en las áreas de educación. Tal es el caso de los programas de asistencia educativa en varios niveles con los gobiernos de América Central. Otro tanto ocurre con programas de becas y de asistencia técnica que comprenden la protección del patrimonio cultural (como cuidado de archivos y repositorios documentales o conservación y restauración de obras de arte) y el intercambio tecnológico. Pero, en todo caso, estos esfuerzos no están suficientemente secundados por programas enraizados en la sociedad civil. Ni siquiera en las instituciones que se dedican, así sea parcialmente, a cultivar y difundir la cultura. Hay, pues, un horizonte inmenso en el cual explorar formas de integración por pequeños sectores, afinidades artísticas o creativas, coincidencias de estudio y especializaciones, comunidad de raíces o tradiciones, etcétera. Éste es un filón para integrar nuestras culturas que espera un trabajo imaginativo y dedicado. Y por cierto que no sería malo que se mantuviera independiente, si no de recursos, sí de la égida gubernamental.

No se me escapa la crítica de que esta explicación sea demasiado optimista y de que no tome en cuenta el poder casi perverso de los Estados Unidos, la imposición de su nuevo orden mundial,

el choque entre la identidad cultural sajona y la latinoamericana o, entre otros factores, el dominio indisputado de las transnacionales. El optimismo podría ser exagerado. En el último decenio del siglo creo que podemos ser optimistas, sin llegar al milenarismo. La América Latina que prefiguramos en el pensamiento puede ocupar su sitio en la realidad. Desarrollo, democracia e integración cultural pueden —deben— avanzar estrechamente vinculados.